Prólogo a Hölderlin

Luis Sanjuán Pernas

Bellarmino mío…

¿Por qué empezar así, de esta manera, pretendiendo de ti una amistad que los dos sabemos imposible?

No puedo concebirte, ni puedo sospechar desde esta lejanía tu deseo de algo, al leer estas páginas, de un no sé qué que quedes balbuciendo, ahora, al comenzar esta conversación, este monólogo tal vez interminable.

Me falta tu presencia y tu figura. Me falta tu verdad, la tuya sola, la verdad que solo en carne y hueso existe, que no es jamás la de las almas desprendidas, absueltas de su carnal sustancia. Comunión irreal, irrealizable, comunión de los espíritus —*Unzertrennlichkeit der Geister*—, la suprema invención del solitario. Como en aquel poeta que escribiera a un poeta futuro, decidido por fuerza a proyectar su amor vacante allí donde nadie escuchaba, donde nadie existía, porque no había nacido, porque después de nacer ya no podría amarle, perdido aquel —su cuerpo—, para siempre, en las desconocidas márgenes del tiempo. O tarde o pronto o nunca. El pasado es deseo, el futuro es deseo. Solo el presente colma, pero por un instante, fluyente, fugacísimo instante en la cercanía de un cuerpo, de una voz, de una mirada.

Lejos de ti, de ese tu ahora —el tuyo, el de tu tiempo—, qué fácil convertir tu ausencia en mi pretexto, hacer de tu no estar el lugar de mis sueños, qué fácil modelarte a mi imagen, pensando un pensamiento, como si un pensamiento solo fuera el mundo. Vacíos sueños hijos de otro vacío, fantasmas de un demiurgo impotente, ávido de otras vidas, ávido de existirse más allá de sí mismo.

La soledad produce monstruos. Reduplicados monstruos, que una soberbia infame —prurito de inmortalidad— inmola en sus altares mancillados. Soberbia: soberbia del filósofo, ciego desde la luz; soberbia del artista —¡ah!, el artista, la cojera de los corazones—; soberbia de la obra; vanidad, impotencia de la escritura. Escritura, al cabo, que se quiere —por oscura que fuera su querencia— olvidada de sí, de su inicial falacia. Voluntad de engaño, soledad que se esconde y de ella misma reniega, que pide un tú a la nada, un tú que sea un yo —potencia de la impotencia—, multiplicado yo en la oquedad de un otro aniquilado.

He aquí un círculo, enquistado en su centro, clavado en su vacío, engendrador de nada desde nada —por cósmicamente llena que esta nada parezca—.

Ex nihilo nihil fuit. No es extraño que el círculo se cierre de modo tan perfecto. Pues qué es el tiempo libre, tiempo de la escritura y la lectura, sino una sofisticada forma de la nada. Negación del amor, de la conversación sincera, del roce, alma a alma, de los cuerpos; negación del dolor, de la lucha que nunca alcanza su objetivo, del

trabajo que humilla y enajena, de la amargura de tantas empresas fracasadas.

Gastar el tiempo en la escritura, ver cómo se esfuma en ella, sin dar fruto. Gastar el tiempo en la lectura, porque alguien o algo aflojó la cadena y es posible sentirse —¿por cuánto tiempo?— libre de esclavitud.

Pero seamos honestos. Leer y escribir han sido y siguen siendo asunto de unos cuantos —por no ser demasiado impíamente explícito— que han dispuesto de esa redonda y almohadillada nada de su «*scholé*».

Y escribir y leer un libro como este, que probablemente no llegue a su término —aunque eso sería lo justo, si es que hay justicia después del remordimiento—, pertenece a las posibilidades de un subconjunto ciertamente minúsculo de esos cuantos citados; subconjunto, por cierto, cuyos miembros no son miembros de sí mismos —en el preciso sentido de la egolátrica ociosidad a la que me estoy refiriendo—, y que, por tanto, está expuesto a conocidas e insuperables paradojas.

Se sigue, así, en lógica y amarga consecuencia, que este libro haya de ser él mismo paradójico. Proposición que afirme sin ambages su mendacidad constitutiva —la suya y la de todos sus congéneres—. Libro cretense, epimenídeo, necesariamente imposible y, no obstante, imposiblemente necesario. Que parecerá, a veces —quizá ya desde este mismo momento—, un insensato juego de verboso artificio. Pero que es, inmensurablemente lejos de esta vaga apariencia posmoderna, un desesperado

—e indefectiblemente fallido— ataque al corazón de toda la cultura, la de las masas y la de las élites, a toda esa grande y pequeña progenie de modernidades y posmodernidades que agobian nuestra ya difícil —y, esta sí, imprescindible— tarea de vivir.

Por consiguiente, un monstruo, un monstruo hecho libro —o a la inversa, que a la postre es lo mismo—. Mas no animal cornúpeto o domado dragón tras heroica aventura en las míticas cimas de una Sils-María nietzscheanamente hollywoodense, sino guinda que cae por sí sola de nuestra meliflua colección de literarios y muy terrenales placebos, y que ácidamente embadurna el aguijón del tábano —o, mejor, escorpión—, que este libro, por socrático destino, va a tener que ser.

Escorpión, pues, tábano de sí mismo, Sócrates extremo y despiadado: sabiduría primera y última. Como en aquella ficción del joven Schelling, donde el logro mayor de la filosofía habría de ser su propia desaparición y olvido. O como en el poema perpetuamente iniciado y necesariamente inconcluso de su condiscípulo y amigo, el loco de Tubinga, fulminado en la luz por el rayo infalible de Apolo, condenado a entregar sus pupilas al lento curso irrefrenable de las aguas del Neckar.

Tal ocioso Narciso que contemplara atónito a otro Narciso, para morir en él de su propio morir, así esta contemplación sin rumbo que ahora emprendo. Palabras, vidas, tiempos, a orillas de otro tiempo.

Ni siquiera prometo ceñirme a mi supuesta función orientadora. Es más —para no andar con rodeos—, estoy completamente decidido a no intentarlo en absoluto. ¿Cómo hacerme pasar ante ti por quien no puedo ser? ¿Cómo encender ante tus ojos una fingida luz, un sentido o razón que sepulte en la sombra toda esta fatal incongruencia, toda esta insobornable apariencia de arbitrariedad que ya empiezo a mostrarte?

Negar la raíz viva de la verdad, su biográfico asiento, es negar la verdad. O, peor, renegar de sí mismo, construirse otro yo a la medida de un desmedido afán, un más que yo, perfectamente indestructible, perfectamente canjeable en su inhóspita transparencia. Piel de quita y pon, anónima vestidura, túnica de eternidad. Por tanto, mucho menos que un hombre, ganga inhumana, cero camaleónico, por el que tantas veces vendemos nuestro ser, hecho de tiempo y de penumbra, nuestra única verdad posible.

No me malentiendas. La vida solo lo es en la continua elaboración que de ella va haciendo el que la vive. No hay vida para el hombre sin examen, movimiento total de sí misma sobre su propio estar siendo —ese que a cada cual le toca intransferiblemente— en un perpetuo decidirse. Y ninguna de sus manifestaciones es, por consiguiente, resultado del puro azar. Una necesidad reúne en cada instante a todas ellas. Necesidad que es libertad engendradora de destino. Destino único, inalienable, que no podrá nunca cifrarse en hueras fórmulas abstractas, pero

tampoco desintegrarse bajo el dictamen de un cobarde relativismo.

La escritura, si es viva, hereda de quien la escribe esta condición del vivir: su constante volcarse en sí misma, su estar llegando a ser, provisional e irreparable, y, aun bajo la apariencia de lo absurdamente caprichoso —que no es sino la otra cara de la libertad de su artífice—, el rasgo inconfundible de una necesidad intrínseca.

Palabra, al cabo, que no es última —no hay última palabra, ni primera—. Palabra que es la mía y que, por serlo, contiene los armónicos de tantas otras voces pronunciadas, que ahora integran mi voz y mi memoria.

Palabras esculpidas o arrancadas. Palabras encandecidas, a sangre viva acendradas. Palabras, vidas, tiempos, a orillas de otra palabra. Pero erradas también, truncadas

En su imposibilidad.

(Entre el sauce apenas rozado por las aguas y la torre amarilla…)

Empecemos.